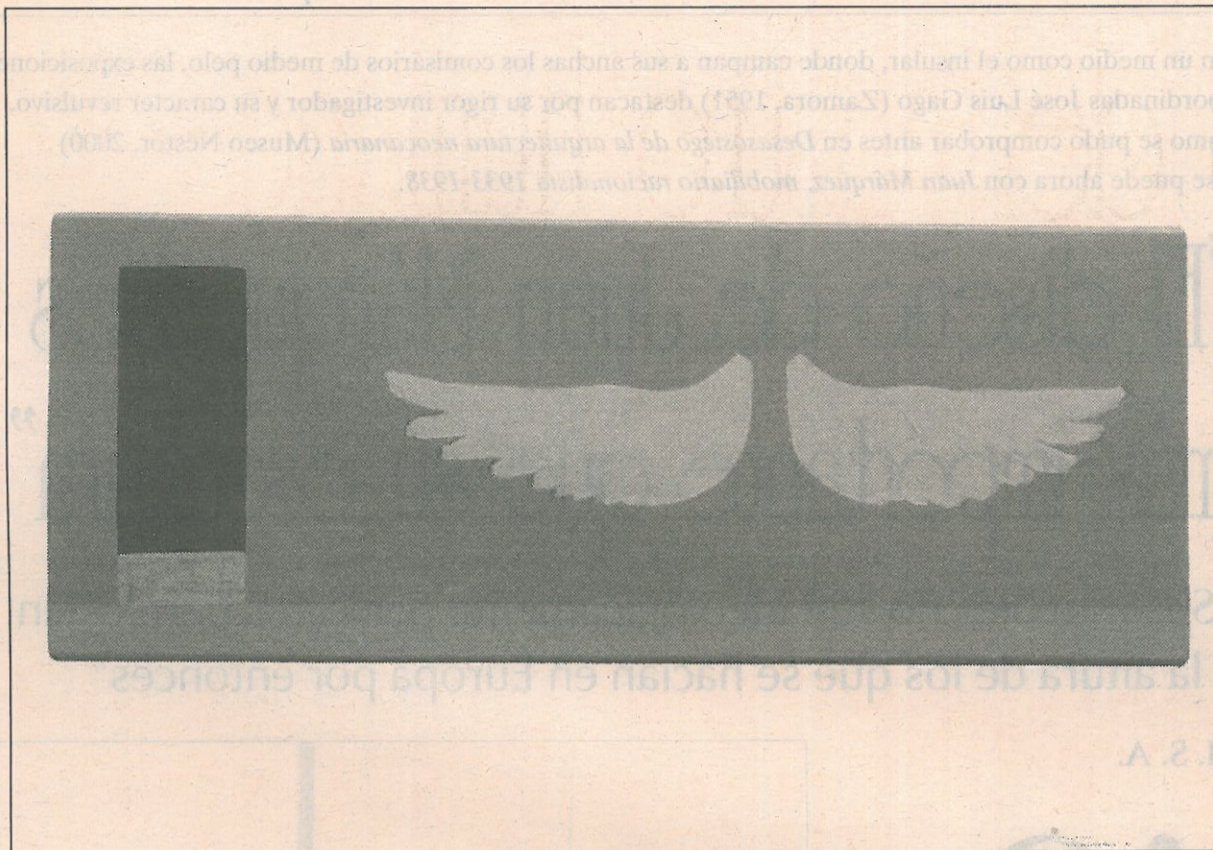


## ■ EXPOSICIONES



LA PROVINCIA / DLP

A la izquierda, *Alas, Rebecca Horn*, de Luis Palmero; a la derecha, una obra de José María Báez. Ambos trabajos se incluyen en la muestra *Con-jugar*, que se puede ver estos días en la galería Manuel Ojeda de la capital grancanaria.



# La pasión por la pintura

Luis Palmero y José María Báez muestran sus conexiones en la galería Manuel Ojeda

Clara Muñoz

**E**n una época en la que muchos artistas se expresan, utilizando avances tecnológicos, sobre cuestiones relacionadas con temáticas que van desde lo individual a lo social, otros creadores prefieren buscar ámbitos más serenos para hablarnos de su mundo interior, del silencio, acudiendo a una cierta tradición de la pintura. Éste es el caso de la exposición inaugurada recientemente en la galería Manuel Ojeda con el título *Con-jugar*, que está integrada por pinturas de Luis Palmero (*La Laguna*, Tenerife, 1957) y de José María Báez (*Jerez*, 1949). Estos dos creadores han compartido la misma sala en otras ocasiones. Recordemos la muestra *Sueños Geométricos -Arteleku*, San Sebastián, 1993-, comisariada por Juan Manuel Bonet, en la que reunía a varios pintores que desarrollan su discurso en el campo de una geometría intimista y cálida.

La muestra actual es un buen ejemplo de cómo se puede profundizar en el territorio de la plástica haciendo cosas con sencillez y sin necesidad de acudir a las nuevas tecnologías para ello. El trabajo que Luis Palmero y José María Báez exponen en esta ocasión nos invita a reflexionar, con imágenes y palabras, sobre ciertas parcelas del arte que relacionan a la pintura con la poesía. Pocas obras de ambos artistas cuelgan de las paredes de la sala. Este planteamiento responde a una apuesta por la austeridad y el recogimiento. Una pintura que medita sobre su propio lenguaje, sobre su realidad y, para qué negarlo, sobre la manera de representar que posee la pintura actual. En *Con-jugar* encontramos obras con un indiscutible regusto por captar la luz a través del color de dos creadores que, aunque alejados de las corrientes frías de la abstracción, tienen ciertas deudas con el minimalismo menos ortodoxo. Estamos ante un trabajo intimista, cuya conexión con el espectador requiere un esfuerzo, una reflexión. Porque esta discreción intencio-

nada es engañosa. El proyecto resulta ser mucho más ambicioso de lo que podría parecer a simple vista.

La exposición anterior de Luis Palmero, realizada en La Regenta y la galería Manuel Ojeda el pasado año que llevaba por título *Abadía*, poseía unas composiciones geométricas que habitaban territorios interdisciplinarios comunes entre la pintura, la escultura y la instalación. En aquella ocasión nos introducía en el paisaje urbano de los cascos históricos de las Islas, sobrevolando las fachadas de las casas terreras que podemos encontrar en barrios como el Risco de San Nicolás, San José o San Juan. El mar, la silueta de los barcos recordados en el horizonte, el perfil de los edificios superpuesto en un cielo de color, el sol o la intensidad de la luz que se refleja en las tonalidades que van surgiendo en la ciudad a lo largo del día, eran algunas de las cuestiones sobre las que indagaba Palmero. Una obra que se deslizaba por un estrecho pasillo existente entre la abstracción y la figuración geométrica. Ahora, sin embargo, vemos que se avecina un cambio en su pintura y, aunque ha vuelto a los pequeños formatos, su obra se ha desplazado hacia el interior de los museos para hablarnos, en un tono intimista, del espacio artístico que le interesa.

## Cambio

La presente obra de Palmero está inmersa en un proceso de cambio permanente, de transformación lingüística, al que apuntaban ya los estanques o los túneles que pudimos ver en anteriores trabajos. En la obra que lleva por título *De la serie de los museos*, realizada en el año 2000, recrea salas de exposiciones y ambientes donde se encuentran pinturas geométricas de artistas afines. El minimalismo es trastocado por una paleta que suaviza la dureza de sus tonos y libera al arte reduccionista de su aspecto más frío. Un rectángulo simple, un cuadrado o un círculo pintados en color verde intenso que se recortan sobre un vigoroso azul cuelgan de las pulcras paredes de un espacio vacío que es recorrido por Palmero en cada uno de sus lienzos. En sus cuadros emplea tonos saturados y luminosos: azu-

les, verdes, marrones, amarillos, rojos anaranjados o rosas que le alejan del color científico y serial de la abstracción más dura e inexpresiva. La propia fuerza del color, la sacudida cromática que se produce en algunos fragmentos de sus telas, vulnera las leyes físicas de lo plano para invitarnos a entrar en sus pequeños y poéticos lienzos.

El museo imaginado que nos presenta está matizado por su propia memoria. En muchos de sus lienzos nos muestra varias pinturas de grandes formatos que poseen sencillas formas geométricas tratadas con gran economía de medios. El repertorio cromático que emplea nos habla, sin embargo, de un museo hecho a su medida. Un espacio en el cual nos confiesa los sentimientos o las pasiones profundas que genera en él la pintura y que, por otro lado, nos invita a descubrir a través de su propia mirada. En sus cuadros logra transmitirnos el rumor, la sensualidad y la esencia de aquella pintura abstracta que le interesa. La elementalidad que respira toda esta obra no está exenta de lirismo, de expresividad o de agitación, a pesar de ser pretendidamente inmóvil. En ella, aunque podemos intuir formas, presencias o colores que nos aproximan a ciertos nombres de la práctica artística del siglo XX, tan sólo hay un cuadro que identificamos enseguida con su autor: Sean Scully. Las franjas realizadas en tonalidades que poseen gamas azuladas, amarillosas, verdes o rojizas nos da la clave de su procedencia.

En los otros trabajos de la exposición Luis Palmero completa ese museo imaginado con nombres propios e imágenes reconocibles de algunos de sus artistas preferidos. Alexander Calder, Plácido Fleitas, Günther Förg, Gerhard Merz, Imi Knoebel, Rebecca Horn e incluso él mismo, son los creadores escogidos para recrear este centro de arte existente que vive únicamente en su imaginación o en sus sueños. La pintura titulada *Alas, Rebecca Horn* es una de las obras más sugerentes de la exposición. Unas alas rojas, recortadas sobre un fondo azul, le sirven de referente para hacer pública la simpatía que el autor canario siente hacia una artista que, con sensibilidad, nos

habla sobre los mundos íntimos y privados que habita el ser humano o, sobre el cuerpo, como laboratorio experimental donde aflora el deseo, la soledad, la pasión o el propio dolor.

Desde que Picasso y los cubistas introdujeran letras, palabras y artículos de periódicos en sus collages, la proximidad entre la escritura y la pintura estaba asegurada. Los conceptuales en la segunda mitad del siglo XX seguirán desarrollando su trabajo en este espacio artístico que, con Joseph Kosuth o el grupo inglés Art & Language, llegará hasta sus últimas consecuencias al considerar que la escritura constituye la propia obra de arte. La pintura de José María Báez se articula en torno a ciertos postulados de la tradición artística del siglo XX que hacen posible que la escritura y la pintura cohabiten en un mismo territorio. Los trabajos presentados por él en *Con-jugar* están salpicados por letras que al unirse forman frases en diferentes idiomas. El arte estaría así más estrechamente ligado a las corrientes de pensamiento o a las propias ideas que expresan los poetas, los filósofos e incluso otros pintores. Pero esto no debe confundirnos porque, aunque la escritura esté permanentemente presente en la obra de José María Báez ocupando, incluso, un lugar de honor, este artista no ha renunciado a formar parte de un mundo plástico complejo y sinuoso que no quiere renunciar ni a la pintura ni a la escritura. Habitante de territorios fronterizos y limítrofes, se sumerge libremente entre campos disciplinares cogiendo todo lo que le puede servir para elaborar su obra. Palabras enigmáticas de Guillaume Apollinaire, de Derek Walcott, de Clara Janés o de Martin Kippenberger están insertadas entre planos de colores. Composiciones que atienden a un juego controlado de contrastes plásticos, de choques de formas o de colores e, incluso, de franjas que recorren el cuadro de arriba abajo, tienen intercaladas letras con gran presencia física, pintadas en diferentes tonos cromáticos, que nos advierten de que en la obra existen claves que hay que descubrir e interpretar.